

Cansada después de un día agotador, solo quería tomar un vaso de leche e irse a la cama. Lo bebió de un trago, después se dirigió a la habitación, se puso el pijama y se acostó. No le costó trabajo conciliar el sueño.

Estaba en la cama, arropada en la penumbra, se había despertado. Me he desvelado otra vez, pensó. Había tenido un sueño raro, lo último que recordaba era el sonido de un golpe seco, como si le hubieran dado un martillazo en la cabeza. Intentó dormirse una vez más pero ya no podía. Estaba inquieta, pensó en ir a la nevera y comer algo. Al sentarse en la cama vio que la ventana estaba abierta. No la había abierto en todo el día, recordó. Divagó mientras se levantaba y la cerraba, echando el pestillo, sus nervios restallaban y los sentía hormiguar por todo el cuerpo, su cabeza empezó a crear explicaciones lógicas pero un pensamiento creció con más fuerza: ¿Y si alguien había entrado?

Miró hacia el pasillo, siempre tenía la puerta abierta, no llegaba a ver el fondo, estaba muy oscuro, aunque sabía que la puerta del pasillo que daba al salón, también estaba abierta, o debería estarlo. Estuvo mirando un buen rato, esperando a que algo se moviera, a que alguien se abalanzara sobre ella desde las sombras. Nada se movió. Corrió hacia el otro extremo de la habitación y dio la luz, pero no se iluminó, pulsó el botón varias veces sin ningún resultado.

-Y ahora se funde la luz –susurró-, joder.

Quería volver a la cama y olvidarse de todas esas paranoias que recorrían su mente como fantasmas, pero sabía que ya no podría dormir, no hasta que explorara toda la casa. Ya no estaba cansada, los nervios la habían despertado del todo. Mientras cavilaba pulsó el interruptor de la lamparilla, la bombilla no se iluminó. Resignándose, miró otra vez al pasillo, oscuridad. Dio un paso y entro en las sombras. Que estúpida soy, anduvo por el pasillo con decisión hasta el salón. La puerta estaba cerrada y chocó contra ella. Nuevas dudas la asaltaron, agarró el pomo, pero no se atrevía a abrir, sabía que al otro lado había alguien, con total seguridad, alguien la esperaba, ¿sería él? Aunque tampoco quería quedarse en el pasillo, a oscuras. Pasó un minuto armándose de valor y giró el pomo muy despacio, abrió, asomo la cara por el hueco, no había nadie. No se escuchaba nada. Se decidió y abrió la puerta, paso corriendo hacia la cocina, cerró la puerta y abrió la nevera. La luz blanca la iluminó. ¿Aquí si hay luz? Se sorprendió. Ya no tenía hambre.

Pasó unos minutos en la cocina, en silencio. Basta de tonterías, comenzó a tranquilizarse, creía que ya podría volver a dormir. Salió de la cocina y se dirigió a la habitación, su pie tropezó con algo, un taburete, el dedo meñique empezó a dolerle a rabiar. Tuvo que agacharse y frotárselo durante un rato. Cuando el dolor mitigó se levantó para ir al pasillo y cruzarlo, pero algo la detuvo, vio algo al final, no lo veía muy bien pues las lagrimas que le habían salido involuntariamente y la oscuridad se lo impedían, se asemejaba a una silueta humana. Era verdad, pensó alarmada, alguien había entrado, y estaba al otro lado del pasillo, de pie, mirándola. Gritó y corrió hacia la cocina, cerró la puerta tras ella, la luz de la nevera iluminaba la penumbrosa sala. Su corazón parecía estar a punto de estallar, jadeaba y estaba casi paralizada por el miedo. Quiso llamar a la policía pero su móvil estaba en la habitación. Esperó y todo siguió en silencio. Después de calmarse y respirar hondo se dijo a si misma que era imposible que alguien hubiera entrado, vivía en un séptimo, que todo eran imaginaciones suyas. Abrió la puerta unos milímetros para mirar, no vio nada raro. Enfadada la abrió de par en par y se dirigió al pasillo, entró en el dando grandes zancadas y llegó a su habitación, no

había nadie.

-me voy a acostar, me voy a tranquilizar y mañana será otro día –se dijo en voz alta.

Se tumbó en la cama y se arropó. Ya está, ya estoy en la cama, ahora solo quería dormir. Pero no podía, algo la molestaba en la espalda, intentó alisar las sabanas pero dio con algo duro, algo punzante. Se acabó, pensó, el asesino está debajo del colchón, estoy muerta. Pero no sucedió nada. La rabia la invadió, se levantó de un salto tirando las sabanas.

-¡Dejadme en paz! Quiero dormir –gritó histérica-. ¡Solo quiero dormir! –se agarraba de los pelos.

Tan grande era su exasperación que abrió la ventana para gritar, no un grito de terror, si no de furia, que salió de su garganta propulsado por su alma. Al darse la vuelta vio que la cama se retorció y se fracturaba, el pasillo se deshacía desde el fondo desgarrándose las paredes, todo se agrietó y brotó un líquido rojo. Gritaba cada vez más, de terror, cuando vio aparecer en la habitación una sombra, tenía una capucha negra echada, se la quitó para mostrar su cara, ni boca, ni nariz, ni ojos, solo un agujero en medio del ovalo facial, la habitación se sacudía violentamente. No paraba de chillar aterrorizada, apoyada en el poyete de la ventana. El engendro se acercó, un líquido blanquecino brotó del agujero, la empapó y le salieron heridas y pústulas por todos lados, su cuerpo se retorció y de su boca salía espuma, con las pocas fuerzas que le quedaban salto al vacío.

Al día siguiente dos de sus amigos se reunían delante de su portal, junto con la policía.

-Dicen que sufrió un ataque epiléptico. Que la casa está en perfecto estado. No me lo creo.

-Cuando la policía se marche, entraremos a ver, aún tengo la llave de su apartamento.

-¿La conservas desde que te dejó?

-Sí. Pequeños detalles.